

basta repasar su obra literaria misma para encontrar la mofa que se hace sobre «las martingalas racionalistas» y científicas de José Arcadio Buendía, el patriarca de Macondo en *Cien Años*; o alusiones contra «los torturadores franceses» al servicio del dictador de *El Otoño del Patriarca*, donde se les llama «racionalistas y, por tanto, *metódicos* en la crueldad y ajenos a la compasión» («metódicos» alude al *Discurso del Método*, obra cumbre del racionalista Descartes), etcétera. Se podrían llenar cientos de páginas ilustrando cómo este mismo aspecto esencial está al centro de *toda* la visión de mundo del autor, de cómo este mismo aspecto *explica* toda su obra, y de cómo todo en ella se deriva de su concepción consciente y calculadamente irracionalista. Nada extraordinariamente, como veremos más tarde, hasta su discurso de aceptación del premio Nobel no constituye más que una nueva defensa del supuesto irracionalismo de Latinoamérica en oposición a la «racionalista» Europa.

Es preciso establecer entonces, de partida, una definición básica de lo que García Márquez entiende por «racionalismo». Pues no se trata de que con este término el autor se refiera discriminada y exclusivamente al racionalismo burgués que la sociedad de clases europea hereda de la Ilustración y la Revolución francesa. Tampoco se trata de que con el mismo rechace simplemente el racionalismo occidental y su historia desde los orígenes de esta cultura porque la misma incluye los avances científicos y tecnológicos que Europa implanta en las zonas del mundo que conquista y coloniza a sangre y fuego, y a las que hoy todavía domina y subyuga junto a Estados Unidos con el eufemismo ideológico de «Cultura Cristiana y Occidental» a la que pertenece Latinoamérica. No, aquí quiero señalar que con este término García Márquez rechaza *toda* forma de razón y conciencia, incluso *la razón dialéctica e histórica*, es decir, aquella que se rebela contra las falsas premisas del racionalismo burgués y que el marxismo entrega como instrumento para acabar con la sociedad que lo origina e interpretar el mundo en forma distinta: en una forma cuya real racionalidad consista en el término de las clases y por ende de toda opresión, en el término de la falsa «razón» burguesa. En buenas cuentas, lo que García Márquez rechaza como «racionalismo» es simplemente la conciencia humana, tanto social como individual, la conciencia *histórica* que paulatinamente emerge y crece con la civilización, el progreso, el desarrollo y las luchas del hombre. Esta y no otra sería la causa esencial de la infelicidad del ser humano, latinoamericano como universal y su «felicidad» para García Márquez se perdió por no habernos quedado para siempre en el pasado, en un pasado pretendidamente idílico que él añora, y que consistía en vivir fuera y antes del progreso y de la historia, en el primitivismo de los primeros tiempos de Macondo, en el mundo de la «pura» naturaleza, de los instintos puros, en una palabra, de la inconsciencia. De allí que sus fuegos no se dirigen sólo contra los «racionalistas», sino también contra «los estalinistas de todos los tiempos». Pues lo que él denomina como «estalinismo» no apunta rigurosamente a la ideología derivada de Stalin y sus herederos (la burocracia soviética y los partidos pseudomarxistas o así llamados «comunistas» que la siguen en el mundo entero). Por el contrario, se refiere a *cualquier* visión historicista y racional, y por ende también principalmente a la razón histórica del marxismo mismo, se halle éste deformado o no.

Para ver cómo esta ideología vuelve a la utopía regresiva de Rousseau («el hombre

natural, el “salvaje noble”, es intrínsecamente bueno; es la sociedad que lo corrompe) ⁸, y para ver cómo y, sobre todo, *por qué y para qué* aparece su obra, basada en estas concepciones, demos una muy breve definición de las ideologías del autor y su origen histórico, viendo fundamentalmente cómo se expresan éstas en *Cien Años de Soledad*.

Hemos dicho: «las ideologías del autor», en plural, porque esta precisión es fundamental. Como ya varios estudiosos marxistas o filomarxistas de la literatura lo han establecido —y tanto teórica como empíricamente— una obra literaria nunca consta de una sola ideología en estado puro, sino de la mutua influencia, confluencia, préstamos, fusión o yuxtaposición de varias ⁹. Así, en toda obra encontramos una «*ideología general*», que es parte de la determinación histórica de un escritor como miembro de un grupo social específico del cual éste/a emerge, y cuya visión y percepción ideológica del mundo éste/a hereda, transforma o desarrolla frente a las experiencias de una realidad sociohistórica también específica. Por otro lado, una obra también está compuesta de otra, una «*ideología autorial*», que en conjunción con la visión social de clase del escritor, deriva de su propia experiencia *personal* como individuo dentro de esta clase, de su propia experiencia vital y sus determinaciones «personales», psíquicas, biográficas, etcétera. Por tanto, esta ideología «autorial» siempre tiene relación con la problemática de su *propia* existencia y, por lo mismo, siempre tiene que ver con la forma como el escritor enfrenta, vive y resuelve sus propios conflictos en el mundo del sexo, la familia, la religión, la moral, las ideologías de *otras* clases e incluso de *otras épocas*, a menudo lejanas, en sus formas de explicar estos problemas, etcétera. Por último, toda obra también nos entrega, o se explica a sí misma por una «*ideología estética*», la cual expresa en forma *concretizada* (como novela o poema, etcétera, es decir, como praxis literaria o artística), la visión o los ideales estéticos que se derivan —directa o indirectamente— de las dos ideologías anteriormente señaladas, que así *también determinan las formas* de toda obra literaria ¹⁰.

Para situar *Cien Años*, reseñaremos entonces las ideologías *general* y *autorial* que la conforman y le dan origen. Paguemos tributo a la concisión exigida de este artículo olvidando la «ideología estética» surrealista de la novela, correctamente reconocida como tal por varios críticos o comentaristas ¹¹. ¿Cuáles son entonces, aparte de ésta, las ideologías que se funden en García Márquez y que éste funde a su vez para llegar a conformar un mundo ficticio —altamente simbólico, alegórico y por sobre todo satírico— que se llama *Cien Años de Soledad*?

⁸ Carmen Arnau ya se ha referido a la utopía de Rousseau presente en el mito de García Márquez: *El mundo mítico de GGM*, Editorial Península, Barcelona, 1971.

⁹ Véanse, por ejemplo: PIERRE MACHEREY, *Pour une théorie de la production littéraire*, Maspero, París, 1966; TERRY EAGLETON, «Categories for a Materialist Criticism», cap. 2 de su *Criticism and Ideology. A Study in Marxist Literary Theory*, New Left Books, London, 1976, págs. 44-63; y JEAN PAUL SARTRE, *Question de Méthode*, publicado con *Critique de la raison dialectique*, Gallimard, París, 1960.

¹⁰ Terry Eagleton, *loc. cit.*

¹¹ Véase, por ejemplo: KATALIN KULIN, «El surrealismo en la obra de GM», *Acta Literaria Academiae Scientiarum Hungaricae* núm. 17 (1974), págs. 203-214; GONZALO CELORIO, *El surrealismo y lo real maravilloso americano*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976, *passim*; y MARIO BENEDETTI, «La vigilia dentro del sueño», en *Sobre GM, op. cit.*, págs. 104-105.